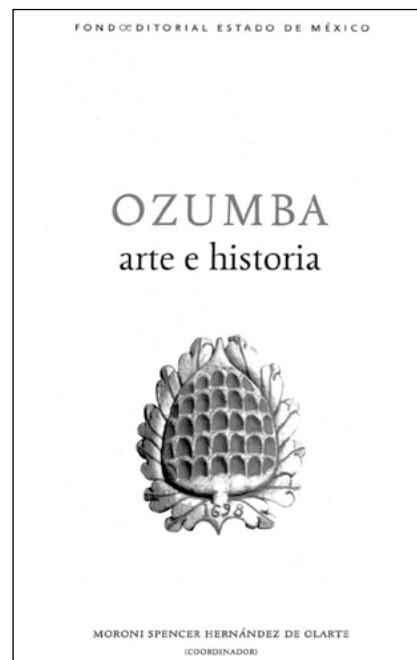


**Moroni Spencer Hernández de Olarte (coord.), *OZUMBA arte e historia*, México, Gobierno del Estado de México-Fondo Editorial Estado de México, 2014**

**Nuria Salazar Simarro\***



140 |

Con esta reseña quiero proponerte la lectura de un libro que antes de tratar sobre “arte e historia” es de “Ozumba”, y me refiero al orden de las palabras, pero también a un título de propiedad. La elección de la materia de la obra a cargo del coordinador y de sus colegas-amigos en diálogo con el editor concuerda con un aspecto trabajado por la historiografía francesa sobre “la Escritura de la Historia”, ya que varios autores han hecho hincapié en la importancia del uso de mayúsculas, así como de los cambios en el color. En nuestro caso “OZUMBA” jerarquiza con mayúsculas y

\* Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

en letras de oro, la importancia del sitio por encima del arte y la historia, materias ambas que son el hilo conductor del libro, pero sólo en dos aspectos de lo que el sitio significa, porque como dice Juan Manuel Pérez Zeballos en su presentación, el rescate tiene como fin “seguir adelante”...

En una gama de colores (blanco, negro y oro) consigue la obra una elegante estructura editorial que prosigue marcando en dorado los títulos de los trabajos y las plecas de los encabezados —ubicando al lector en cada uno de sus 10 capítulos— y en las letras capitulares iniciales de los textos que se despliegan sobre lienzos de fino y pesado papel. Su tamaño

folio permiten disfrutar de las imágenes y la lectura.

*OZUMBA arte e historia*, coordinado por Moroni Spencer Hernández de Olarte, quien también participa como autor, comienza con el texto de Tomás Jalpa Flores, quien en primer término se refiere a la toponimia como parte de una construcción cultural, y que al analizar las alternativas Oztuma-Atzompa se inclina por Atzompa como más adecuado en correspondencia con la geografía local: corriente de agua representada por un hombre de perfil con cabellera de agua, ojivas, chalchihuitl, caracoles y espirales. Otros autores, historiadores y hasta el actual cronista de Ozumba, Fernan-

do Bojorges Oliva, consideran que sigue pendiente definir el jeroglífico.

En su capítulo “De la marginación a la pujanza”, Jalpa realiza —mediante actas sacramentales (de bautismos y defunciones)— un estudio histórico demográfico, que resulta mayoritariamente indígena; en él relaciona los periodos de mortandad con las epidemias en Chimalhuacán, Amecameca y Ozumba, y los compara. En los resultados Ozumba los aventaja por su actividad comercial.

Además de las estadísticas poblacionales estudia los barrios que considera “espejo de reproducción de un modelo cultural” cosmogónico y cuatripartita: Tlacoachalco (almacén militar), Tlaylotlacan, Contla (cerámica), Tlilhuacan (embadurnados de negro), al que se adicionan comerciantes de Acxotlan, Pochtlan y Mexicapan para sumar siete entidades.

Partiendo de otros estudios que anteceden a éste, Tomás Jalpa enfoca su lupa en Ozumba y sigue poniendo el dedo en la llaga al señalar la ambivalencia entre la lucha por la

posesión de la tierra —siempre en conflicto por su ubicación fronteriza—, y la estancia en la ruta comercial que significó la consolidación y despunte del pueblo.

Con el tiempo y tras la rivalidad territorial evangelizadora entre franciscanos y dominicos, Ozumba dependió de la cabecera franciscana de Tlalmanalco. La edificación de su convento del siglo xvii y el ajuar eclesiástico derivó de la fuerza de trabajo de los naturales, así como de la organización gremial y de las fiestas religiosas que fueron impulsadas por cuatro devociones y cofradías (Santísimo Sacramento, Jesús Nazareno, Nuestra Señora de los Dolores e Inmaculada Concepción). Informes generales, disposiciones gubernamentales y visitas pastorales permitieron a Jalpa plantear algunas de sus prácticas cotidianas que dependían “de la popularidad de la imagen protectora y de su actividad económica”.

Un gobierno indígena controlaba las cabeceras y los pueblos sujetos. Los jueces gobernadores apoyaron al gobierno virreinal en asuntos

de conflicto y entrega oportuna de los tributos. En procesos de larga duración se advierte el dominio de media decena de familias que ocupaban cargos clave en el gobierno, la Iglesia y el comercio local, con la celebración de tianguis, primero cada cinco días según la costumbre mesoamericana, y después un día por semana, los martes. Para terminar con lo que dice este autor, llama la atención la comercialización de género de algunos productos, ya que frutas, semillas, pescado y pulque eran de manejo exclusivo de mujeres con base en “razones de seguridad”, argumento que hoy sirve también para colocar mujeres en las filas policiacas y en la aduana del aeropuerto internacional.

De un artículo cuyo nodo principal se ubica en el siglo xvii, pasamos al de Berenise Bravo y Marco Antonio Pérez Iturbe a finales del xviii, y que trata de penitentes y confesores. Para dar marco a su estudio los autores toman en cuenta la disposición tridentina para garantizar la buena administración del sacramento de la penitencia, que desde el siglo

xvi había sido retomada por el tercer concilio mexicano. Entonces se recomendó el registro de los fieles que cumplían con el precepto, y su incumplimiento era causa de excomunión.

Para tratar el caso de Ozumba, Bravo y Pérez Iturbe pasan primero por el análisis general de los manuales que tratan del confesonario, el confesor, la indumentaria y el penitente, así como de los horarios y formas que se debían observar. Esta parte de su trabajo evoca los muebles que en su mayoría han caído en desuso, así como las escenas interpretadas sobre muros desde el siglo xvi, o sobre tabla y lienzo durante el resto del periodo virreinal, con la representación del ángel y el demonio aconsejando al penitente para influir en una buena o mala confesión. Valga añadir la importancia que tuvo la confidencialidad que abrigaba el sacramento, abanderado por San Juan Nepomuceno dando la lengua y la vida antes que el secreto.

De la presentación de estos autores llama la atención la entrega del párroco al penitente —en tiempos de Cuaresma—,

de una boleta pequeña que debía presentar para poder comulgar, y me atrevo a preguntar: ¿se conservaron algunas de dichas “boletas”?

Independientemente de los datos estadísticos que se desprenden de los padrones, los autores estudiaron el delito de licitación en el Tribunal del Santo Oficio y de los tres casos pertenecientes a párrocos del curato de Santa María de Ozumba —durante el último tercio del siglo xviii—; sólo uno fue probado y condenado.

El análisis del padrón y el estudio de Bravo y Pérez Iturbe revelan una población consciente de los conceptos de “pecado, culpa y salvación de las almas” en Ozumba, así como de la persecución en casos de delito, sin dejar de enfatizar el trasfondo de la Iglesia en una larga lucha por reivindicar los sacramentos.

A Xixián Hernández de Olarte correspondió tratar sobre Ozumba durante el periodo de la Independencia. Para introducir sus hallazgos la autora inicia señalando el papel de intercambio comercial e impacto religioso de Ozumba en la provincia

de Chalco, y divide su texto en dos etapas de tolerancia y rechazo de la insurgencia, antes y después de la instalación oficial de la “Compañía de Patriotas” o regimiento militar local.

Es interesante percatarse de que en Ozumba, como en otros lugares, tanto insurgentes como realistas tuvieron adeptos, y la autora saca del anonimato a personajes cuyo protagonismo local a favor o en contra de los rebeldes se pone de manifiesto. Esto permite ir sumando actores a las acciones que han sido reiteradamente estudiadas a la luz de la macrohistoria de nuestro país y de los principales líderes. Entre los rescatados me refiero, por ejemplo, al párroco y bachiller José María Arrieta, acusado de infidencia y reinstalado para ser fiel militante del sector realista. Arrieta utilizó, como otros, los recursos histriónicos de la prédica a favor de la postura oficial que detentaban en este sentido buena parte de los integrantes de la Iglesia y el Estado.

Esto no impidió que los rebeldes consiguieran seguidores, indultados y reclutados después en la “Compañía de Patriotas

o Fieles Realistas” encargados de proteger a una parte de la comunidad, sus haciendas y caminos; o el caso contrario de Juan José Robledo, fusilado por intentar convencer a cuatro de sus compañeros de pasar del ejército realista al insurgente.

Hernández de Olarte recoge también la información oficial que llegó a Ozumba durante todo el periodo de lucha, reitera su papel (ya tratado por otros autores) como lugar de paso y por ello de la ruta de saqueo, interrupción de las vías de comunicación y afectaciones que los rebeldes causaron al patrimonio de las haciendas, a la producción y al comercio de productos de primera necesidad, a los que seguían la escasez y el hambre.

El siguiente capítulo —de Natalia Montes Marín y Moroni Spencer Hernández de Olarte— trata del tianguis de Ozumba durante la Revolución y el zapatismo. Los autores plantean la hipótesis de que en Ozumba ocurrieron hechos vitales en los procesos de cambio, al ser “una fuente continua de cohesión, de información y de identidad”. En el tianguis se exponían

ideas, corrían noticias, se compartían rencores y experiencias, diversión e información, resultando un lugar de intercambio y válvula de escape.

Por lo mismo un tumulto en la plaza auguró el movimiento armado en la región de los volcanes. Los enfrentamientos afectaron a todos los sectores y hasta el comercio del tianguis comenzó a menguar; con la toma de la plaza aumentó el descontento, muchos se enlistaron en las filas zapatistas, ayudando con información y víveres o “compartieron sus preceptos”. Y aunque su corazón siguió siendo zapatista, el tianguis comenzó a recuperarse cuando las tropas carrancistas tomaron la región. Hoy siguen sonando en el tianguis historias vividas o relatadas en corridos con los que en forma de rima se conserva la memoria.

Lo inédito hasta ahora del trabajo de Montes y Hernández se basa en entrevistas y episodios, así como en fuentes del archivo histórico y en el análisis de contenido de la composición del corrido de Marciano Silva: “Desastre de los carrancistas en Nepantla”.

Tania Cruz Yáñez analiza las “redes sociales” en los procesos de la alcaldía de Ozumba. Para quienes hemos utilizado el término en función de comunicarnos más y con más personas simultáneamente a través de los medios electrónicos, resulta revelador que esta frase fue acuñada hace 65 años, y son los antropólogos los que se encargan de analizar los intercambios sociales entre personas o entidades, en relaciones horizontales “igualitarias” o verticales “jerárquicas”.

Cruz Yáñez se centra en la cultura política para su análisis, ya que “es la que influye en decisiones electorales”, y estudia estadísticamente las actividades económicas. En el contexto político destaca la alternancia, la coalición y una mayor pluralidad y competitividad. Al analizar las redes sociales hace énfasis en la familia y su entorno social inmediato, pero también se refiere, con base en encuestas, al caciquismo, el compadrazgo, el proselitismo, al trabajo en campaña casa por casa y a las organizaciones comunitarias que emiten su voto a cambio de cuotas de poder o

beneficios grupales o personales, que pueden ser económicos o sociales (prestigio, amistad, respeto, lealtad, protección). Según sus conclusiones, han predominado los relacionados con las actividades primarias del comercio y el campo, y están detectadas las distintas organizaciones vinculadas a cada una de las actividades que constituyen grupos políticos y sociales en Ozumba.

Del análisis político/social pasamos a la percepción individual de Víctor Valencia Cisneros, en "Remembranzas de mi pueblo", quien sólo de paso decanta en los volcanes el foco de identidad de quienes han nacido y vivido en Ozumba, porque como afirmó Solange Alberro en una de las presentaciones de este libro: el volcán es "el gran ausente" y el ejemplar una provocación para que otros autores se interesen por Ozumba. De cualquier manera Valencia es quien más se acerca al entorno geográfico, y utiliza el ensayo con un toque de añoranza para describir la riqueza cultural y natural del pueblo.

De su texto los protagonistas principales son el mercado

y la fiesta parroquial con sus procesiones, trajes, cohetes, música y danza, entre ellas la de los Chinelos con versos de entrada y de salida dedicados a la Purísima Concepción y a la Virgen de Guadalupe.

Todo el relato inicia en el hogar, las tareas cotidianas, las percepciones, los olores y sonidos familiares; animales y objetos cotidianos, las historias, los consejos, los mitos y las leyendas. Si quieres conocer algunas o no entiendes lo que digo: tlecuil, metlapil, tlales, tejolote, cencuate o chilaquiles de dedos, ¿tienes que leer su texto!

Valencia Cisneros reproduce los versos de las comparsas, las historias personales: la de doña Tola, la curandera, los toponímicos históricos y los oficiales, la cronología de personajes y acontecimientos importantes, y el nacimiento de la Casa de Cultura "José Antonio Alzate", sus primeros profesores y todos los actores en la materialización de las obras, es decir, "una sociedad altiva y heredera de un gran potencial humano.

Ozumba cuenta también con un capital artístico invaluable, y "desentrañar su significa-

do simbólico" es lo que pretende Guillermo Arce al tratar sobre "Las formas arquitectónicas y las imágenes en el conjunto conventual". Su trabajo es una invitación a reflexionar más allá de lo que vemos en lo representado.

Arce describe, transcribe, utiliza algunos datos precisos dando a conocer a los promotores y constructores, y estudia y aplica lo que han dicho los teóricos al caso concreto de su iglesia. Pero no menciona a Marco Vitrubio, Leonardo da Vinci ni a Juan Caramuel, que sin lugar a dudas podrían dialogar con lo expuesto, ya que en sus tratados el hombre es la medida de todas las cosas, y la geometría se revela como la versión de la armonía del universo expresada en formas exactas.

Por otro lado, Arce consulta y aplica lo que autores contemporáneos han explicado sobre la representación humana en la columna, sostén y fortaleza encarnada en los miembros de la Iglesia; y sobre el templo de Jerusalén y el uso de la helicoidal como prototipo que también dejó huella en la Inmaculada Concepción de Ozumba.

Del capítulo de Guillermo Arce se obtuvo el diseño de la portada: una piña que alude a los bosques de coníferas que abrigan la zona, y por lo mismo representada en las cuatro columnas del primer cuerpo en la fachada principal del templo; en ella se lee 1698. Tiempo y símbolo se enlazan para recordar a los nuevos pobladores su identidad de pueblo unido a la sombra de un buen árbol.

Mercedes Murguía y Fanny Unikel tratan sobre el estado y restauración o “Vivisección del Señor de las Tres Caídas”. Como recurso literario escriben en primera persona, así que es el propio Cristo quien explica su estado físico antes de la intervención, los antecedentes del Viacrucis, las partes y técnica aplicada para conseguir una escultura articulada, que debe resultar como un hombre vivo y con movimiento en la escena de la Pasión, que comparte con su Madre, la Verónica o el Cirineo.

Madera, cola, cuero, goznes, una varilla larga y otras pequeñas, armellas, láminas delgadas y gruesas, y dos discos giratorios, aguacola, aparejos y bases

de preparación para aplicar el color, ojos de vidrio, dientes de marfil y cabellera; cuerdas, clavos, bisagras, cordones para simular “el relieve de venas y heridas”, pelo de caballo a modo de pestañas, barras planas de sostén, vestimenta de tela y un arsenal de líquidos y enseres de limpieza, son los materiales de quien se describe a sí mismo y de los recursos que utilizaron las autoras para restaurar la escultura respetando su materialidad, apariencia, función y tiempo de manufactura.

El conocimiento de la ciencia química en este capítulo es indudable; la descripción detallada del dictamen y proceso utilizado, claridad de explicación a través de esquemas y fotografías, resulta de la seguridad de quienes trabajan exponiendo con claridad procesos y resultados para que sirvan de ejemplo y/o se conozca a fondo esta intervención en la escultura del “Señor de las Tres Caídas”.

Otras obras de arte, historia y tesoros comunitarios cuyos criterios de restauración podemos conocer en torno a la pintura de caballete, son

presentadas por Yolanda Madrid Alanís. La autora incluye en su trabajo los criterios de conservación y restauración de bienes inmuebles y muebles, artísticos, históricos; y del uso del hoy socorrido término “patrimonio cultural”; criterios validados en su mayoría por teóricos y acuerdos nacionales e internacionales del siglo xx.

En ellos apoya la restauración interdisciplinaria de tres pinturas al óleo en Ozumba: un “retablo de San Francisco” perteneciente a su capilla, un “San Juan Diego tenante” y Nuestra Señora de la Luz pertenecientes a la parroquia de la Asunción. Trata cada obra como un ente individual que tras el estudio y análisis de lo conservado y de la relevancia del objeto como bien social y cultural, analiza otros procesos de restauración, daños y faltantes, y proceden a la mínima intervención necesaria dejando un informe técnico de la misma, y en manos de los custodios la salvaguarda de la pieza.

Por estos dos últimos capítulos sabemos que las intervenciones al patrimonio están siendo objeto de discu-

sión de expertos de distintas especialidades interesados en su preservación, y cada vez conocemos más ejemplos y resultados de trabajos realizados colegiadamente; con ellos valoramos más la labor de nuestros colegas y comprendemos cabalmente el costo material y humano que implica.

Por último, Isabel del Río se dedica al Retablo Mayor del apóstol Santiago en Mamalhauzuca, visita de los dominicos al sureste de Chimalhuacán. La autora realiza una recopilación de información acerca de la vida del santo, el origen del retablo, la biografía del pintor, y documenta lo que hasta ahora

se ha escrito sobre su objeto de estudio, para después centrar su atención en la descripción y documentación de las siete escenas del retablo realizadas por el pintor Antonio de Torres. Hay que puntualizar, como mérito de este trabajo, que es la primera vez que un investigador centra su atención y escribe sobre esta obra.

En suma, el libro *OZUMBA arte e historia* no es sólo una microhistoria, sino que es una publicación de consulta obligada para quienes trabajan la zona o la historia regional; desde que vio la luz en noviembre de 2014, reúne un conjunto de temas y momentos

insertos en la historia moderna; recopila la bibliografía que indirecta y directamente se ha publicado respecto a la región; aborda la teoría, la historia oral, la poesía, la música local y la fotografía de registro y de cuño familiar; utiliza los medios de comunicación (las entrevistas televisivas), se vale de los recursos electrónicos del mundo contemporáneo, y no deja de nutrirse de las fuentes documentales manuscritas. Esto revela —como dijo Juan Manuel Pérez Zevallos en la introducción— que es factible “la conformación de un nuevo rostro” y deseable el “seguir adelante”.

